

CLIENTES

Hoy no es una noche especial.

Las mismas caras, los mismos nombres, las mismas vidas.

Mira a Jacinto, que siempre llega pidiendo un cigarro a alguno de los camareros, a pesar de que hay una máquina expendedora de tabaco. Pide una cerveza en vaso pequeño porque sabe que es la más barata, y luego se queda observando los movimientos de cocina.

Aunque no vaya a ser para su propio consumo, suele preguntar:

—¿Tenéis <inserte aquí una bebida alcohólica más o menos conocida pero de escasa distribución y aún más escasa demanda>?

—No —responde uno de los camareros con naturalidad.

Y entonces suelta una mueca sarcástica, se pone de espaldas a la barra, y dice, para que varios le oigan:

—¿Es que estáis de traspaso?

No es, como puede comprobarse, el tío más simpático del universo, pero cuando entra al local alguien famoso y/o influyente, se transforma en un alter ego mucho más amable. Se le presenta, le ofrece una copa, y mientras le estrecha la mano, dice con voz ronca:

—Jacinto García, encantado de saludarle.

Reconozco que me da pena, porque es una de esas personas de sesenta y algo años que no ha llegado nunca a nada.

Mira a Mercedes, que juega a ser la madre perfecta, y siempre tiene cara de angustiada. Pide un *Sprite* con mucho hielo y no quiere saber qué es lo que ronda por su cabeza. Trae unos pastelitos de casa para comérselos en una mesa con amigas aleatorias a quejarse de lo mal que está el sistema educativo. Su marido, si es que existe, jamás viene con ella. No he querido hacer hipótesis sobre su condición. Podría ser soltera, divorciada, separada, o esposa sumisa con su hombre trabajando todo el día y durmiendo toda la noche. Tiene que ser duro para una mujer acabar así, desviviéndose por sus dos hijos, que lejos de representar un ideal, son malcriados y egoístas. Unos pipiolos que no quiero ni pensar cómo serán cuando lleguen a la edad adulta.

Mira a Don Javier, el hermano de Jacinto, que tuvo una operación de mandíbula complicadísima, y ahora da la sensación de que le falta media cara, y se pasa el tiempo haciendo cosas raras con la boca, supongo que para retener la saliva. Nunca habla si no es para destruir, y desde luego es incapaz de decir una frase con más de cinco palabras. Viene siempre con la misma chaqueta verde de lana, como si no tuviera otra. Bebe una copa de vino blanco, o un ron cola, dependiendo de si es día de diario o fin de semana. Pero nunca la pide, señala a un camarero al azar, y luego a su parcelita de barra vacía, y da a entender que ha llegado la hora de ponerle una copa. Tarda aproximadamente diez minutos en beber cada sorbo, como si pudiese masticarlo. Mientras tanto, se pone las manos tras la espalda y pasea por el lugar, como si fuese el dueño del mundo.

Si los camareros tardan más de cinco minutos en servirle por cualquier razón, grita *ponedme ya un vino, coño*, y el tono con el que lo exclama, apenas distinguible de una lengua esclava, es descorazonador.

Mira a Miguel Estrada, ingeniero de profesión, metido a productor de cine, que cada noche viene aquí y se gasta cien euros como mínimo. Que todo el mundo sepa que Miguel Estrada tiene dinero. Está rapado al cero, y ahora que los calvos pueden ser exitosos, él se encarga de demostrar que lo tiene todo bajo control. Pide una copa de rioja, y si se percata de

que tiene más sed, pide directamente una botella de Crianza de 2006. Para qué andarse con medias tintas. Da su opinión para todo, porque para eso paga, y la empresa de estructuras industriales, de la que es presidente, no para de recibir subvenciones. Su mujer ha actuado en varias series de televisión, e incluso ahora, que está embarazada del que será su segundo hijo, está muy buena. No entiendo a Miguel Estrada. Si tiene todo eso, ¿por qué no es feliz? Al menos no lo parece.

Mira a José Luis, guapo, alto y carismático. Trata a la gente como a una mierda. No trabaja, o eso tengo entendido. Tiene una agencia de publicidad que le sirve para tener ocupadas las mañanas, porque así se sentirá mejor después de entender que es su mujer la que trae el dinero a casa. Si alguien le ignora o le da la espalda, él se enfurece como un niño pequeño al que le han quitado un juguete, y pierde todo el respeto y educación. Como profesionalmente no ha logrado nada, y como su rol de padre es un desastre, se apoya en sus amigos, igual de anodinos y mediocres, con los que juega al tenis, y luego vienen aquí y se pasan la noche comentando los sets en los que han ganado o en los que casi han ganado. Creo que anda pisando a todo el mundo, mientras pospone la asunción de que es un individuo de cuarenta años que no tiene nada de lo que sentirse orgulloso.

Mira a Marcial Ferrando, que trabajó como ingeniero en nosequé, pero que ahora, jubilado, acude a mítines socialistas porque resulta que con casi setenta años, tiene unos ideales y había pasado gran parte de su vida alienado y sin consciencia de sí mismo. Pide una Heineken que bebe directamente en el botellín, porque así se siente más joven y dinámico, cuando en realidad se parece mucho a Clint Eastwood. Su aspecto patético, un cuerpo lleno de arrugas y manchas blancas metido en ropa de persona mucho más joven, me da mala espina. Ahora echa atrás los días escribiendo. Ha publicado un libro de autoayuda titulado *Cómo ser querido*, y no me extraña, porque es un tipejo que da la razón a todo el mundo, sin importar lo descabelladas que sean sus opiniones, y procura saludar a todos con una sonrisa de dentadura precaria, aderezada con una mirada expectante. Bajo ese encanto, se esconde alguien que lo que quiere es que compres su libro, y le digas lo bien que está. Ahora no para de proclamar que ya tiene firmada una novela con una editorial muy seria, y que te invitará a la presentación si le das tu correo electrónico.

Pero el peor de todos es Manuel Jesús. Es una sabandija al que se le puede ver por misa todos los domingos, viste impecable, cada día con una camisa de cuadros diferente, y una chaqueta que llama la atención por su elegancia. Critica a todas las personas que conoce, da igual que sus argumentaciones sean verdaderas o falsas. El objetivo es convencer y manipular. No es posible imaginar hasta qué punto el centro de su vida es criticar. Si te ha conocido en algún momento de su vida, da por seguro que te criticó con vehemencia, soltando trapos sucios ficticios a fin de que sus interlocutores asientan y asimilen la mierda de persona que eres. Nunca recuerdo que haya pagado una copa. O le invitan, o se va sin pagar. Eso sí, no duda en presumir de lo bien que sabe beber ("he probado un whisky escocés que... de verdad, lamento, amigo, que nunca vayas a tener la oportunidad de beber algo así"). Si ha bebido siete cervezas, te dirá que ha bebido cuatro para intentar pagar menos.

Mira a todas estas personas, y reza para no convertirte en un ser hierático, conformista o risible como ellos. Abocados a su terrible destino, el mundo seguirá su curso sin ellos.

Una voz me devuelve a la percepción. Es Julián, el encargado.

—¡Chaval, deja de pensar en las musarañas y friega esos vasos de una vez!

Luisfer Romero Calero